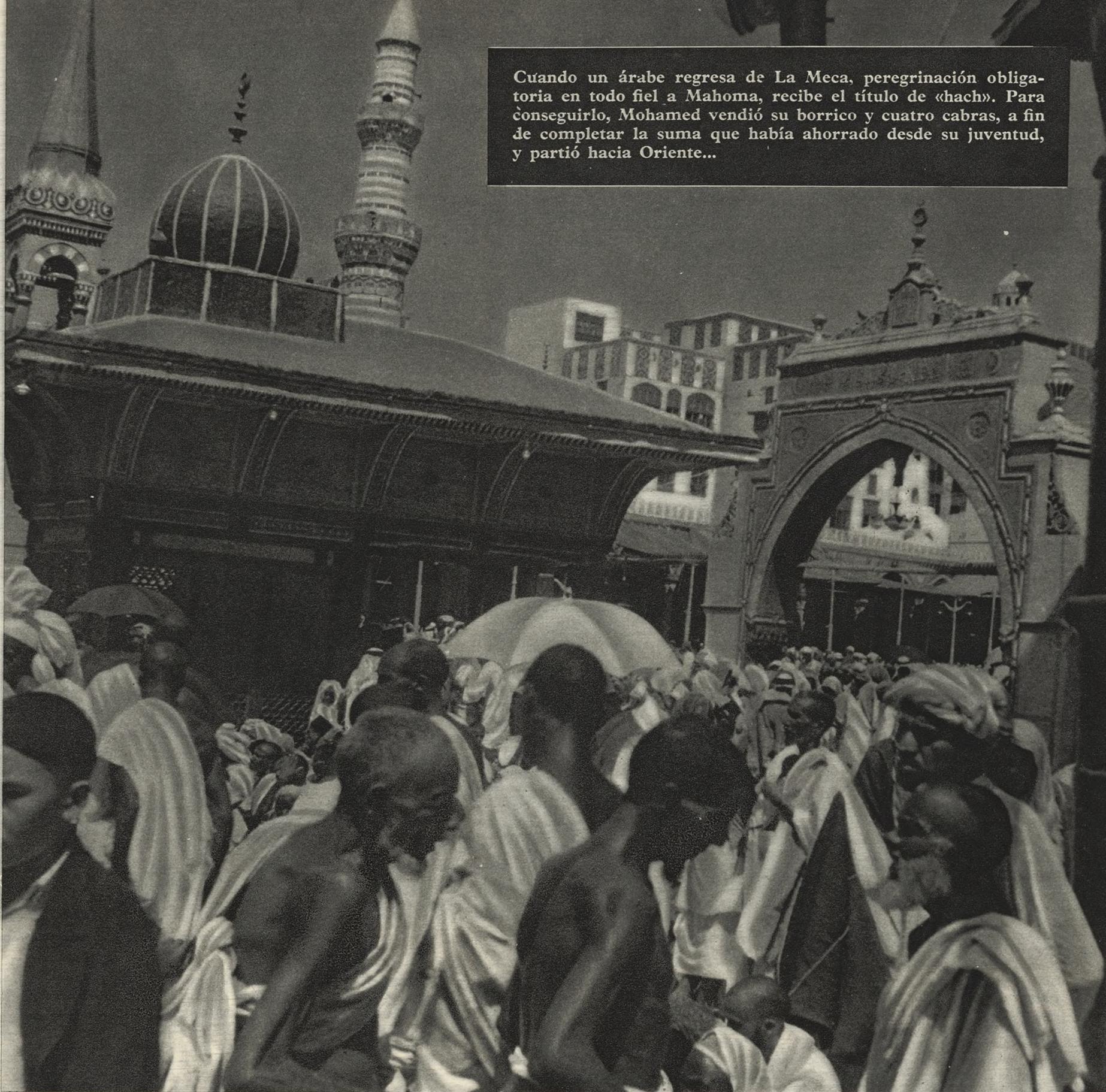


Cuando un árabe regresa de La Meca, peregrinación obligatoria en todo fiel a Mahoma, recibe el título de «hach». Para conseguirlo, Mohamed vendió su borrico y cuatro cabras, a fin de completar la suma que había ahorrado desde su juventud, y partió hacia Oriente...



# EL "HACH" MOHAMED REGRESA DE LA MECA

POR LUIS CLIMENT

**H**A vuelto de La Meca el «hach» Mohamed. En la estación del pueblo sus hijos y parientes, que le esperaban con lágrimas en los ojos, le besaron respetuosamente la mano. En el umbral de la puerta de su casa, su mujer le acogió emocionada con los brazos abiertos. Mohamed tenía una sonrisa para cada uno, una frase amable. Se le notaba cierto aspecto de fatiga en su rostro, pero volvía de la peregrinación con más aplomo, con más conciencia de su personalidad, hasta con una sombra de suficiencia de hombre que ha viajado por tierras lejanas. Y se esponjaba

de satisfacción cada vez que para saludarle le llamaban los vecinos el «hach» Mohamed, él, que había sido tantos años Mohamed a secas en todo el pueblo.

\*\*\*

Para conseguir este envidiado título Mohamed acababa de cumplir uno de los cinco preceptos fundamentales que la religión musulmana impone: el de la peregrina-



Escena de los peregrinos en el monte Arafat.



Los peregrinos inician sus oraciones en el monte Arafat.

nación a los Lugares Santos de La Meca, para todo el que esté en condiciones de realizar el penoso viaje. Todos los años por la Pascua de Aid El Kebir o Kurban Bairam, millares de musulmanes afluyen de todas las partes del globo a la meta sagrada de La Meca. Creyentes del África del Norte, de Europa central, de Turquía, del Medio Oriente, de Indonesia, de China, del Pakistán, se dan cita en el paisaje árido de la Arabia en que se hallan enclavados los monumentos más caros del Islam. Mohamed no sabe exactamente cuántos han debido ir este año, porque no anda fuerte en cuestiones de estadísticas, pero está seguro de que no habrán bajado de 400.000 los peregrinos.

Muchos de ellos, como Mohamed mismo, llegaron a Djeddah, el único puerto de Arabia, por vía marítima, en barcos especialmente fletados al efecto. El barco de Mohamed era amplio, espacioso, pero aún faltaba sitio para tanto peregrino. Las chilabas, los feces, los turbantes, las babuchas, formaban un conjunto policromo a bordo, sólo perturbado por las chaquetas y pantalones de la oficialidad del barco o de algún peregrino de la ciudad, más occidentalizado.

La travesía del Mar Rojo fué dura este año por el calor insoportable. Pero al llegar el barco a la altura de Rabigh, tres pitidos estridentes de las sirenas sacaron de su letargo a los peregrinos. Rabigh, dominando la tierra sagrada de La Meca, es el límite de la zona santa islámica y los peregrinos que no pueden ir a Medina entran desde aquel momento en estado de «ihram» o de purificación. Su aspecto cambia radicalmente. Se lavan todo el cuerpo a conciencia, se visten el traje de peregrinos —dos trozos de tela blanca sin costura, enrollada por el cuerpo— se ciñen un cinturón ancho en el que guardan sus documentos, dinero y efectos personales, calzan sandalias y dejan

su cabeza al descubierto. Terminados estos preparativos rezan una oración especial en la que se ensalza el nombre de Alá y se prepara el espíritu para el supremo rito islámico. El peregrino que ha entrado en estado de «ihram» no puede afeitarse, lavarse, sacrificar algún animal o tener contactos impuros hasta que finalice la peregrinación.

\*\*\*

Poco después el barco llega a Djeddah, pero no puede atracar todavía en el muelle que se acaba de construir y ha de quedarse anclado en las afueras rodeado de barcos de arena y corales. Los servicios sanitarios de Sanidad y Policía suben a bordo y miran un poco los papeles. Todo está en regla si se pagan previamente los derechos de desembarco —unas seis libras por persona— y si se liquidan los derechos de peregrinación —unas veintiocho libras por peregrino también—, que al pobre Mohamed le arrancan el alma.

Mohamed se pregunta el por qué de todos aquellos fuertes impuestos. Él ha oído decir al que lee los periódicos en su poblado que el Rey Ibn Saud es uno de los hombres más ricos del mundo. No está muy seguro de las cifras, porque no entiende de números. Pero si entendiera sabría que el petróleo extraído por las compañías americanas de esta zona de la Arabia ha sumado 23 millones de toneladas en el año 1949. Y el Rey Ibn Saud, amo y señor de su territorio y máximo administrador de los bienes nacionales, cobra 33 centavos de dólar por cada uno de los 450.000 barriles de petróleo que se extraen diariamente de su Reino, sin contar otros derechos de cesión de terrenos, alquileres, etc., etc.

Si pregunta a los representantes de la autoridad algún detalle, no saca nada en limpio, pero tiene la vaga impresión de que toda aquella suma de derechos que él ha de pagar va destinada a protegerle la vida y asegurar el orden.

Como no es cuestión de discutir, paga lo que le piden. El barco da la señal convenida, anunciando que los peregrinos pueden desembarcar y al conjuro de la mágica consigna aparecen docenas de barcos y lanchas que cercan materialmente el barco. En un abrir y cerrar de ojos, centenares de mozos, maleteros y obreros inclasificables se lanzan al abordaje del barco. Trepan por doquier, sirviéndose de cuerdas y palos y transportan maletas y bultos con

Al amanecer, la adoración a Alá.





Ante la Kaaba, por fin, los rezos rituales.



Peregrina musulmana con su hábito característico.

una habilidad prodigiosa. Tipos raros todos ellos, que no inspiran demasiada confianza a Mohamed. Negros del Centro de África, esclavos que recobraron su libertad —los que aún no la recobraron están más al interior del país—, mestizos, árabes de otras zonas, harapientos y sudorosos. Pero no hay cuidado de que se extravíe nada en la Arabia Saudita, porque el ladrón vulgar sabe que le cortarán la mano en la plaza pública si se le encuentra en flagrante delito.

Y llega Mohamed a Djeddah, puerta obligada de su peregrinación. Djeddah no es una gran ciudad precisamente. Este año, por primera vez ha conocido la luz eléctrica. El agua la traen a precio de oro de ochenta kilómetros de distancia y los nuevos barrios que surgen para proporcionar viviendas a los sesenta mil habitantes de la población no servirían de modelo a ningún proyecto de urbanismo. Los dos o tres hoteles, que de alguna manera hay que llamarles, están abarrotados y el derecho a cobijarse alcanza en estos días de peregrinación unos precios que Mohamed no puede pagar de ninguna manera. Pero por un precio más reducido es fácil conseguir una silla larga de mimbre y como el clima es bueno se puede también dormir a la intemperie, como hacen otros millares y millares de peregrinos. La comida, otro capítulo importante, la consigue Mohamed comprando alguna verdura en el mercado, unos trozos de queso, pan y lo que se encuentre en las tienduchas, si las moscas le dejan algo.

No tenía Mohamed el dinero suficiente para ir a Medina, lugar santo cuya peregrinación es facultativa. Pero pese a los deseos que le animaban, no ha sentido materialmente esta privación. Los amigos que se ha hecho en el viaje le han contado luego las fatigas del trayecto, los abusos de los conductores de los autobuses, reclamando propinas en medio del desierto y amenazando con dejarles a todos en la carretera —en la pista, mejor dicho— si no pagaban sobre el terreno algunas sobretasas caprichosas, encima del precio escandaloso del viaje.

En vista de lo cual, vestido con su tela blanca, calzado con sus sandalias y la cabeza descubierta, se ha dirigido hacia la meta santa de su viaje: La Meca. En el centro de la ciudad sagrada se alza la Kaaba, de cinco metros de altura y que cubre unos treinta metros cuadrados. La Kaaba está cercada por grandes galerías con arcos sostenidos por 240 columnas de mármol y bronce. En las cuatro esquinas del gran patio se levantan cuatro pabellones, representando a las otras tantas sectas principales del Islam. Según la tradición musulmana, la Kaaba fué fundada por Abraham, padre de Ismael, del que descendía la tribu de los Coraichitas, a la que pertenecía Mahoma. La piedra negra de la Kaaba dicese que fué transportada por el ángel Gabriel, inspirador de Mahoma.

Hay dos formas principales de realizar la peregrinación musulmana a La Meca,



Siete vueltas a la Kaaba es el rito «tauaf».



En el valle de Mina, al pie del monte Arafat, los peregrinos montan su campamento.

una de ellas más cómoda y fácil y que exige al final un sacrificio por parte del peregrino para compensar su elección: este sacrificio consiste en la muerte de un animal, según la categoría del peregrino, o en diez días de ayuno idéntico al del Ramadán. Pero Mohamed ha elegido lo más penoso, abandonando también la tercera fórmula, que en realidad es una mezcla de las dos primeras.

Empezó, como buen creyente, por el «tauaf», que consiste en dar siete vueltas a la Kaaba, mientras recitaba determinadas plegarias de salutación. Como acto de piedad voluntaria, hizo siete veces el recorrido a pie entre las colinas de Safa y Marua, apretando el paso al final de cada etapa cubierta. Esta ceremonia se hace en recuerdo de la esposa de Abraham que tenía a su hijo en una de estas colinas y corría a la otra cima en busca de algún socorro.

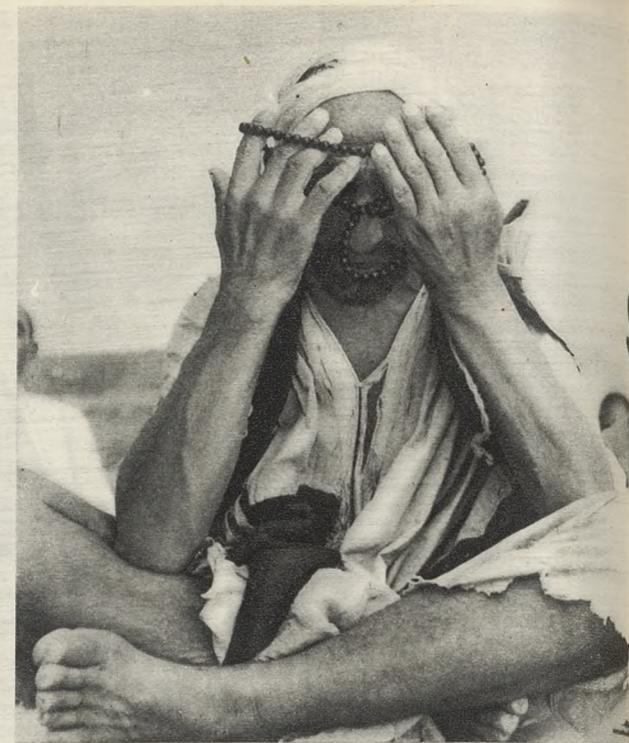
El día antes de la Pascua de Aid El Kebir o del Sacrificio llegó Mohamed con los demás peregrinos al Monte Arafat. Aquí solía meditar Mahoma, y la tradición quería también que se encontraran en este monte Adán y Eva perdidos cuando fueron expulsados del Paraíso. Los peregrinos llegan a Arafat con los animales que sacrificarán al día siguiente. Según la condición económica, el animal es de mayor o menor precio, y aun los peregrinos pobres quedan exentos de esta obligación. Mohamed, con gran sacrificio, ha pagado un carnerito al que protege celosamente. Por todo el monte hay tiendas de campaña esparcidas en las que los musulmanes aguardarán la llegada del gran día. Un Immam o jefe de rezos va explicando el significado de todos los actos y les da instrucciones para realizar el sacrificio. Y a la caída del sol los cen-

tenares de miles de peregrinos congregados en el Monte Arafat se ponen en pie —condición para que sea válida la peregrinación— y pronuncian las invocaciones rituales: «Te pertenecemos, oh Alá, te pertenecemos».

Pasan los peregrinos la noche en el valle de Mina y al amanecer del día de la Pascua hacen sus plegarias de nuevo. A las diez de la mañana aproximadamente, el Immam sacrifica su animal y todos los peregrinos, hombres, mujeres y niños siguen su ejemplo y sacrifican los animales —bueyes, carneros, camellos...— que adquirieron para esta ocasión. Todo el monte se riega con la sangre cálida de las bestias. La tierra se empapa y se tiñe de rojo, mientras ruedan por el aire los lamentos desgarradores de las víctimas inocentes y los rezos de la multitud apiñada. Las bestias se abandonan en la Montaña y luego los servicios especiales se encargan de enterrarlos.

Todos los peregrinos descienden del Arafat en avalancha gigantesca. Al pasar por un arroyo seco tiran siete piedras que previamente recogieron en el lugar llamado Musdalifa, lapidando así simbólicamente al espíritu del mal. Llegado ya a La Meca efectúan el último «tauaf» de despedida, con las consiguientes siete vueltas a la Kaaba.

Mohamed ha cumplido ya con todos los ritos de la peregrinación. De allí pasa a lavarse, a afeitarse y se desprende su hábito característico. Acaba de realizar el sueño dorado de su existencia de buen musulmán. Alá se lo tendrá en cuenta en el otro mundo y sus hermanos de religión le honrarán con el título supremo, codiciado y con tantos sacrificios adquirido: el hach Mohamed.



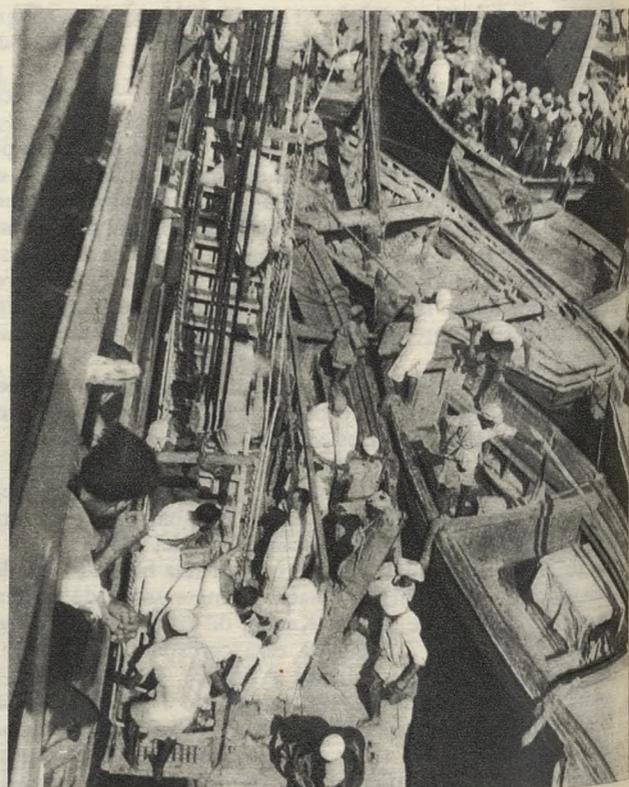
Un peregrino haciendo sus meditaciones.



Los tambores acompañan los rezos a Alá.



Vista general de la Kaaba y patio central de la mezquita de La Meca.



Puerto de Djedda; el barco es asaltado.

